

REGRESO A LA PIEDAD

Por Marcelo Carter

Está atardeciendo y caminas por la carretera de un pueblo. De pronto ves que un furgón blanco choca a toda velocidad contra la barrera de contención de aquel camino. Corres para ir en su ayuda, pero el vehículo cae por el acantilado.

La ciudad se ve diminuta desde el rascacielos en el que te encuentras. Un dolor que va y viene en tu muñeca derecha te ha causado una molestia en estos últimos minutos mientras observas por la ventana de tu lujosa oficina hacia afuera, pensando en aquel singular pueblo llamado Piedad, pueblo que una y otra vez como fantasma ronda en tu cabeza y se asoma en los momentos menos oportunos, tal como parece ser el de ahora. Tus asesores llevan ya alrededor de 30 segundos esperando tu respuesta en relación a una pregunta que te hicieron sobre uno de tus negocios, más vale que te apresures en contestarles.

-Que el asunto lo vea Beatriz.- Resuelves finalmente mientras de a poco regresas de tus pensamientos.- Si la cifra es correcta y el proyecto se puede sostener a largo plazo entonces contacten a los inversionistas.- Respondes con tu mirada aún perdida en el paisaje urbano del exterior.

-¿Se encuentra bien, señor Valladares?

-Y díganle a Alfonso que la reunión de directorio deberá posponerse hasta el otro mes.- Agregas evadiendo la pregunta.- Tengo un asunto de fuerza mayor para estos días.

Te acercas a la mesa de reuniones de la cual te levantaste momentos antes mientras tus asesores te miran de manera confundida. Apoyas tus manos en ella y vas observando sus rostros uno por uno.

-Bueno. Si no hay nada más en pauta. Doy por finalizada la reunión.- Les dices.

Uno tras otro tus asesores se ponen de pie y abandonan la sala de reuniones, todos menos Patricio, tu asistente de más cercano quien se detiene junto a la puerta.

-¿Sí?, ¿Qué sucede?- Le preguntas mientras te sirves un vaso de agua.

-Cristóbal, aplazar la reunión un mes significa no tomar decisiones importantes por un mes.

-Ésta es una decisión importante, créeme. - Contestas.

-Ya sé. Tienes tus razones, pero estoy hablando de la compañía.

-¿Qué es lo peor que podría pasar?

-Los vendedores se podrían arrepentir o recibir una mejor oferta. En un mes pueden pasar muchas cosas, sobre todo con tantas compañías pujando por el contrato.

-Necesito hacer algo antes. - Respondes bebiéndote de un solo trago aquel vaso de agua helada.

-¿No puedes posponer “eso” para después? Estás corriendo un riesgo innecesario.

-No. No puedo. - Dices de forma tajante.

-Entiendo. Es mi trabajo informarte. - Te contesta Patricio con una sonrisa apretada y finalmente se marcha cerrando la puerta cuidadosamente tras de sí.

Caminas ya por el estacionamiento en dirección al automóvil. Allí te espera tu chofer quien con prisa te abre una de las puertas. Una vez a bordo y en plena calle tu chofer te pregunta si tienes en mente algún destino en particular.

-Vamos a casa... por ahora solo a casa.- Contestas observando por la ventanilla hacia afuera. Mientras el vehículo avanza, las esquinas repletas de gente van pasando una tras otra y tu mirada de pronto se queda en un grupo de jóvenes que va por la acera y te pones a recordar.

Fue hace treinta años atrás. Así es, tú tenías 22 años cuando llegaste a Piedad, la pequeña ciudad rural ubicada al sur del país. Parecía prometedor, parecía un vuelco optimista en tu mal llevada vida. Montañas, bosques, naturaleza pura era lo que en apariencia te ofrecía aquel pueblo, pero poco y nada te importaba esa clase de cosas en aquel entonces. Solo buscabas hacer algo de dinero rápido y pasarla bien. Tu madre te había echado de casa cuando colmaste su paciencia unos cuantos meses antes. Cuando advirtió que robabas a pesar de todos sus intentos por hacer de ti un hombre de bien, a pesar de todas las veces que habló con gente para que te diera trabajo, a pesar de las veces que suplicaba al cielo para que los fines de semana te quedaras en casa y no salieras a meterte en problemas, pero nada de eso sirvió ¿no es así?

Apenas llevabas una semana instalado en Piedad, durmiendo en el sótano de la casa de una prima la cual te ponía mala cara cada vez que se cruzaba contigo y no le importaba disimularlo. Tú tampoco hacías mucho para evitarlo, tu holgazanería y tu poca cooperación en la casa hacían de tu estancia una verdadera molestia para tu prima y su hijo. Una única vez conseguiste un empleo mediocre en la estación de bencina, pero tus constantes atrasos y ausencias terminaron por hartar a tus empleadores. Te pagaron el día en que te despidieron ¿y qué hiciste con el dinero? Lo gastaste en alcohol.

Durante ese periodo de mala racha pensabas constantemente en la idea de meterte a alguna casa a robar. No podía ser tan difícil considerando lo crédula y

confiada que era la mayor parte de los habitantes en Piedad. Solías hablar de ello con Raúl, otro pobre diablo igual que tú que solo vivía para sus placeres.

-La mejor hora para meterse a una casa es a eso de las once de la mañana o al mediodía. Los maridos ya están en sus trabajos y los niños en las escuelas ¿entiendes? Las madres se quedan solas...- Te dijo Raúl llevando la botella de ron barato a sus labios.

-¿Solas?...- Preguntaste mientras a tu cabeza llegaban un montón de pensamientos perversos.

-Sí.- Te contestó Raúl con una sonrisa.

-¿Ya lo has hecho antes?- Preguntaste con morbo.

De vuelta al presente. Finalmente llegas a tu enorme y hermosa casa. Vaya que sí disfrutas de un buen pasar por estos días. Llegas hasta la cocina y tu esposa te recibe con un fuerte abrazo y un apasionado beso en los labios. Viste un delantal de cocina y luce contenta porque le ha resultado la receta de pollo al limón.

-¿Qué es eso que huele tan bien?- Preguntas atravesando la cocina en dirección al refrigerador.

-Pollo al limón. Te va a encantar.

-Oh, ¿y Margarita?

-Le di la noche libre.- Contesta tu esposa.- Quiero que esta cena sea solo de nosotros tres.

Te quedas observando a tu esposa por unos segundos y luego le sonríes de forma dulce.

La cena estuvo excelente. La charla con tu esposa y con tu hija adolescente también. Ella está sacando muy buenas calificaciones así que no dudó en amenazarte con aquel viaje que le prometiste para fin de año a Europa. Luego de la comida subiste con tu esposa a la alcoba y le hiciste el amor, ambos disfrutaron de forma maravillosa aquel momento. Todo idílico y perfecto, casi como si tú mismo lo hubieras escrito.

-Somos tan felices...- Te dice tu esposa apoyando su cabeza sobre tu pecho desnudo. Ambos permanecen recostados sobre la enorme cama con sábanas de seda. - Es tan perfecto que... creo que me asusta.

-Disfrútalo.- Le contestas sonriendo.

-Conocerme a tí fue lo mejor que me ha pasado en la vida. Eres el hombre con el que soñaba de niña.

-Tú eres lo mejor que me ha pasado en la vida. - Le dices a tu esposa y la besas.

- ¿Quién nos favoreció?- Pregunta ella de manera casi enigmática y eso gatilla una vez más en tí el recuerdo de Piedad en tu cabeza. Tienes que decirle a tu esposa que tienes un compromiso al cual le has dado el carácter de “ineludible”. Debe saberlo ya que espera irse contigo unos días a la nieve.

-Amor, necesito que me escuches. Tengo un asunto que debo resolver y me va a tomar unos cuantos días. Es algo que no puedo retrasar más.

-Oh, ¿y qué es?- Pregunta extrañada.

-Es una visita, una visita por cortesía...- Contestas evitando entrar en detalles. Luego acaricias suavemente su mano- Mira, te prometo que a mi regreso te contaré todo y será aún más maravilloso.

Tu esposa tan solo asiente de manera dulce. En verdad te has sacado la lotería con una mujer así.

Te tomaste el día libre y has decidido llevar a tu familia al parque de diversiones. Distes la orden estricta de que nadie te llame desde la oficina. Necesitas esparcimiento, pero no puedes ¿verdad? Simplemente no puedes sacarte aquel pueblo de tu cabeza. El que se supone debería ser un día perfecto junto a tu hermosa familia no es más que un inútil intento para huir de tus pensamientos. Ellas, tu esposa y tu hija lo disfrutaban bastante, pero tú permaneces ajeno como si las estuvieras mirando desde el otro lado de un cristal. Sonríes a veces de tanto en tanto, pero nada hay tras esa sonrisa ensayada. Tu esposa se da cuenta, pero va a esperar el momento oportuno para preguntarte. Finalmente, el momento llega ahora que tu hija entra a los baños.

-¿Qué sucede, Cristóbal?

-Nada. Solo pienso en el lindo día que estamos pasando. - Respondes haciendo un gran esfuerzo por sonar natural.

-Lo eres. Lo somos. - Contesta tu esposa. - Pero te ves preocupado.

-¿Sí?

-No disimules. Solo dime qué ocurre.

-Nada. No es nada importante.

Tu mujer no es tonta. Se cruza de brazos y observa a la demás gente que va sonriendo y paseando justo frente a ustedes. Familias felices que han salido a compartir.

–A veces pienso... – Comienza a decir tu esposa. – que nuestra vida, tan perfecta, se la debemos a alguien...

–¿Qué dices?

–Se la debemos a alguien... – Continúa tu mujer – y eso es lo que te preocupa.

–¿Qué quieres decir con que la “debemos”? – Le preguntas encolerizado. – ¿Acaso no me has visto todos estos años partiéndome la espalda por ustedes?

Tu esposa algo te iba a responder, pero guarda silencio al advertir que su hija sale finalmente del baño y viene hacia ustedes.

–Antes no era nadie. – Le dices entre dientes. – ¡Me moría de hambre y dormí muchas veces en la calle! No vuelvas a decir una idiotez como esa.

Tu hija llega y de inmediato se da cuenta del cambio en el estado de ánimo.

–¿Qué pasó con esas caras? ¿Dónde es el funeral? – Les pregunta.

–En ningún lado. Nos vamos a casa. – Le contesta tu esposa.

–Pero si aún no entramos a la casa del terror... – Protesta la adolescente.

–El paseo se acabó. – Sentencia tu esposa, le coge la mano y luego ambas se alejan.

Bien hecho, como habrás notado ya no puedes disimular siquiera la obsesión que tienes con volver al pueblo de Piedad una vez más, pero ¿crees que realmente vale la pena? ¿No prefieres quedarte con los tuyos y con lo que tienes hasta ahora? Los días pasaron sin mayor contemplación y el momento es ahora, el momento en el que vas a llevar a cabo tu viaje. Le pasas un bolso con ropa a tu chofer quien a su vez mete todo en el portamaletas de uno de tus lujosos automóviles, poco falta para que te vaya a dejar a la estación de trenes, De pronto notas que tu esposa se acerca a ti.

–¿Llevas todo? – Te pregunta.

–Si, lo básico. No planeo estar muchos días afuera.

–Me dijiste que era algo personal y te creo. Lo único que te pediré es que lo que vayas a hacer hazlo rápido y hazlo pronto por favor... que todo vuelva a ser como antes. – Te suplica mientras te rodea lentamente con sus brazos.

–Lo sé...– Le dices con pena,– Perdóname por comportarme como un idiota estos días. Pero no te preocupes. Te amo. Pasado mañana todo será miel sobre hojuelas... créeme.

Te despides de ella con un apasionado beso en los labios y luego abres la puerta para entrar al automóvil, pero antes de sentarte tienes una ocurrencia:

–Me gustaría cenar pescado frito cuando regrese, esa receta que tú haces ¿puede ser?

–Es de Margarita. – Responde tu mujer sonriendo. – Pero sí, yo le diré.

Finalmente subes al vehículo y cierras la puerta. Bajas el vidrio de la ventanilla para arrojarle un beso de despedida a tu esposa el cual ella te devuelve. El chofer pone el automóvil en marcha y se dirigen finalmente a la estación de trenes. Ya estás regresando al pueblo de Piedad.

Han pasado treinta años, treinta años atrás y allí estabas en Piedad, aquel pueblo repleto de personas trabajadoras, todas aparentemente inocentes y de buen corazón; Buen corazón para todos excepto para ti, o al menos eso creías por aquel entonces.

–Tío Cristóbal ¿me ayudas a armar esta radio? – Te preguntó Nicolás, el hijo de tu prima, quien se ocupaba con una vieja radio de transistores mientras tú veías perder a tu equipo favorito en la TV de la sala. Solo se encontraban ustedes dos en casa.

–No soy tu tío... – Respondiste tragándote el enfado de ver perder a tu equipo con un poco de cerveza. – Soy primo de tu mamá.

El muchacho solo te miró con un poco de susto y luego ya no te preguntó nada más. Embriagado permanecías sentado en el sillón bebiéndote otra de las cervezas de tu prima, la cuarta botella. Ella te había prohibido estrictamente que subieras a la sala, limitándote tan solo a ocupar un espacio del sótano como dormitorio, pero por esos días de mala racha tú querías pelearte con alguien, querías discutir con alguien.

–Oye, Nicolás... ¿Cuántos años tienes? – Le preguntaste de pronto al muchacho.

–Trece años...

–¿Ya has fumado yerba?

–No, señor.

–¿Quieres probar un poco?

Nicolás meneó la cabeza.

–No tiene nada de malo. No creas todo lo que te meten en la cabeza. Tú y yo y ganaríamos buen dinero. – Le dijiste mientras te llevabas la botella a los labios. – ¿Tienes muchos amigos en la escuela?

–No muchos... – Te contestó Nicolás un poco nervioso, lo cual advertiste de inmediato.

–Oye, no te asustes. Solo estamos conversando. Quiero que me ayudes con la yerba que tengo ¿entiendes?

La puerta de entrada de pronto se abrió y en ese preciso instante tu prima entró a la casa. Cerró la puerta dando un portazo tras de sí y caminó hasta llegar a la sala. Vaya escena que se armó al encontrarte ahí sentado de lo más cómodo en la sala, bebiendo cerveza y hablando con su hijo. Distes un buen sorbo a la botella y luego eructaste mientras te ponías de pie de manera desafiante. Ella te amenazó con llamar a la policía si no te ibas al día siguiente. Finalmente, te dirigiste hacia la puerta entre amenazas, insultos y gritos. Una vez afuera caminaste sin rumbo hacia el bosque, caminaste hasta que te venció el cansancio. Te sentaste junto a un árbol, hundiste la cabeza entre tus rodillas y lloraste.

–¿Por qué tío Cristóbal duerme en nuestro sótano? – preguntó Nicolás a su madre mientras ella le servía la cena.

–Porque nadie lo quiere. No tiene dónde dormir.

–Y... ¿entonces después dónde va a dormir?

–Ese será su problema. – Contestó su madre secamente. – Se tiene que ir esta semana. Ya no lo soporto. Le servirá como lección para que se haga más responsable.

–A mí me gustaría ocupar el sótano... – Dijo Nicolás con tristeza. – Quiero montar un laboratorio.

Su madre sonrió y luego añadió:

–Cuando se vaya, el sótano será todo tuyo. Lo prometo.

Nicolás era un buen chico tanto en casa como en la escuela. Su círculo de amistades se reducía a un grupo de tres o cuatro niños que la mayor parte del tiempo por la tarde se juntaban a pasar el rato junto al río. Entre ese grupo de niños estaba Berta, una niña gordita de anteojos quien para algunos era demasiado inocente, para otros demasiado crédula y para otros simplemente tenía cierto grado de retraso mental. Gustaba de los videojuegos por lo que solía llevar siempre una mochila de Mario Bros.

–¿Recuerdan lo que nos contó Laura el otro día? ¿Sobre el fantasma en su casa?
– Preguntó Nicolás a sus amigos quienes aburridos arrancaban trozos de pasto en el cual se sentaban mientras disfrutaban de la cálida tarde.

–Patrañas... – Comentó Esteban recostado cubriendo su rostro con una gorra.

–Cosas raras suceden en Piedad, chicos. – Insistió Nicolás.

–También dijo que su abuela tenía contactos con seres de otro planeta ¿Te acuerdas? – Preguntó Esteban.

–Sí. Estaba loca. – Dijo una muchacha llamada Sofía quien estaba arrojándole piedras a un árbol a la distancia.

–¿Hablaban con marcianitos verdes? – Preguntó de pronto Berta entrando a la conversación.

–Si, Berta. Marcianitos... – Le respondió Nicolás, luego interesado, se dirigió a Esteban. – La abuela de Laura es rara y la propia Laura es extraña... uno podría esperar cualquier cosa.

–Quizás ambas son de otro planeta. – Contestó finalmente Esteban.

Pasó la tarde hasta que los chicos resolvieron regresar a sus hogares. Berta y Nicolás caminaban juntos. De forma inconsciente, el muchacho tenía un sentimiento de responsabilidad hacia ella. Al parecer era el único de su grupo de amistades que sentía la necesidad de acompañar y proteger a la niña. Cuando llegaron al frontis de la modesta casa de Berta, ésta se despidió muy alegremente de su amigo y entró corriendo a casa a saludar a su madre quien permanecía postrada en cama a causa de una enfermedad que había contraído ya hace unos años. Subió corriendo los escalones hasta llegar al cuarto de su madre, entró y ella ya se encontraba sentada en la cama esperándola con los brazos abiertos. Ambas se fundieron en un tierno abrazo.

–¿Cómo le fue a mi angelito en la escuela?

–Bien. Hablamos de matemáticas, insectos y ¡de marcianos! – Contestó Berta emocionada.

–Esa es mi niña. Vas a aprender mucho. – Le dijo su madre acariciándole las mejillas. – Mira, la vecina vino y nos dejó preparado el almuerzo en la cocina tráelo en la bandeja y almorzamos las dos juntas aquí ¿qué te parece?

–¡Síiii! –Exclamó Berta emocionada.

Tú andabas sin suerte, o al menos eso creías por aquellos días. Creías en la mala suerte. Sin trabajo, sin poder vender la yerba que te pasó Raúl... vagabas de un

punto a otro por Piedad y algunos ya empezaban a mirarte con desconfianza. Llevabas ya un par de días durmiendo en la calle, lo más oculto posible tras un contenedor de basura porque te avergonzabas. Una tarde en la que te encontrabas borracho escuchaste unos pasos que se acercaban hacia ti.

–Tío Cristóbal... – Escuchaste de pronto la voz de tu sobrino. Aún emborrachado levantaste la cabeza y tu mirada perdida se depositó con dificultad en la de tu sobrino y en la niña gordita que le acompañaba.

–¿Vas... vas a comprar yerba...? – Preguntaste.

–No, tío. Te quería preguntar si vas a ir a casa.

–Tienes que ir a casa, amigo. – Te dijo de pronto la inocente Berta.

Miraste a esa niña desconocida con odio y luego escupiste al suelo.

–¿Para qué? ¿Para dormir en ese sótano de mierda? ¿Para que tu mamá me ponga fea cara cada vez que le pida una pieza de pan? ¡Hazme un favor y desaparece! – Le gritaste a tu sobrino con rabia en parte por el alcohol y en parte por el hambre que sentías en aquel momento.

Nicolás tomó a Berta por el brazo y la alejó suavemente. Luego ambos se alejaron de ti.

–Amigo, ¿quieres que te traiga algo de comer? – Te preguntó la niña mientras se iba, pero tú tan solo echaste tu cabeza hacia atrás y la apoyaste contra la pared. Luego, sumido en la oscuridad más absoluta de tus sentimientos, bebiste un trago más de la botella.

Ahora, treinta años después te encuentras ahí, de pie en ese mismo callejón. Casi parecieras estar observándote junto al contenedor de basura. ¿Malos recuerdos, no es así? Ahora el contenedor de basura no está y el callejón se encuentra un poco más limpio a como lo recuerdas. El lugar que antes era la salida trasera de un bar ahora es la de un sencillo café. Hace pocos momentos llegaste al fin a Piedad y, cosa rara, éste ha sido el primer lugar que has querido visitar. Entrás al café escapando del frío que hay afuera y eliges una mesa ubicada junto a la ventana. Un garzón se apresura en ir a tu encuentro para tomarte el pedido.

–Muy buenas tardes ¿Qué se va a servir?

–Hola. Solo un café y unas tostadas.

–Café y tostadas, cómo no señor.

El garzón se aleja y te quedas ahí inmóvil observando por la ventana hacia afuera. Al cabo de algunos minutos te traen tu pedido a la mesa.

–Su café... y sus tostadas, señor. – Comenta el garzón depositando tu orden sobre la mesa.

–Escuche. Estoy buscando a alguien que quizás conozca... – Le dices al sujeto un poco dubitativo. – Su nombre es Berta.

–Berta... no me suena, lo lamento señor.

–Mire, debe tener unos 45 años y... – Le haces al garzón una seña para que acerque su oído ya que no quieres decir en voz tan alta lo que sigue a continuación. – Bueno, tiene un retraso mental. No sé si vive acá en Piedad todavía.

–Oye, Ana ¿conoces a alguna Berta? – Le pregunta de pronto el garzón a viva voz a la dueña del café quien lee un periódico tras el mostrador.

–Berta, ¿la que está haciendo la obra de teatro?

–Puede ser... – Respondes inseguro. – Tiene unos 45 años y tiene cierto grado de dificultad mental.

–Ah sí, es Berta. No la veo desde hace tiempo. Antes venía a veces con su hija, pero ahora anda ocupada con eso de la obra de teatro.

Te acercas al mesón interesado y tratas de conseguir alguna dirección, pero aquellas dos personas la ignoran. Sin embargo, te indican que todos los días ella va a la escuela a buscar a su hija, probablemente la puedes encontrar ahí. Afuera, el clima empeora. Las nubes negras amenazan con una inminente lluvia y tú vuelves a sentarte. Observas por la ventana que hay junto a tu mesa y comienzas a pensar...

Comienzas a recordar nuevamente...

Era ya cerca de las 11 de la mañana de un día de aquellos, un día que ya ni recuerdas cual era. Agazapado tras un árbol mirabas hacia una casa en espera de que el marido se fuera pronto a trabajar. Luego de unos minutos de angustiante espera viste que el tipo salió de aquella casa riendo y jugando junto a sus dos hijos a quienes iba a dejar a la escuela. Se subieron al automóvil estacionado junto a la casa y finalmente partieron.

En la casa quedó Úrsula. Mujer a la que habías visto ya un par de veces y con la que habías imaginado toda clase de fantasías. Pasaste tu mano derecha por la erección que tuviste aquel momento y luego acariciaste el cuchillo que traías en el bolsillo del pantalón. Decidido, avanzaste con cautela hacia el patio trasero de la casa. Cuando estabas ya a unos pocos metros miraste hacia la ventana que estaba junto a la puerta y te pareció que la mujer ya te venía observando desde antes a través del vidrio. Te agachaste atolondrado por el susto y permaneciste

oculto por algunos minutos junto a un montón de cajas vacías. Tu corazón golpeaba furioso las paredes de tu pecho mientras intentabas recuperar algo de valor. Al cabo de unos segundos te asomaste y no viste nada a través de la ventana. Un poco más confiado te fuiste poniendo de pie lentamente y sacaste el cuchillo de tu bolsillo, caminaste hacia la puerta de la cocina. Justo cuando tu mano iba a alcanzar el pomo de la puerta, ésta se abrió rápido y con violencia. La mujer visiblemente asustada apareció frente a ti dando un alarido de terror, te apuntaba con un arma. No alcanzaste a hacer ni a decir nada, tan solo te quedaste confundido y boquiabierto hasta que ella finalmente jaló el gatillo. Úrsula estaba nerviosa y no logró apuntar bien así que los perdigones no te dieron de lleno, pero sí varios se incrustaron en tu mano derecha de manera bastante dolorosa, de hecho, las secuelas en tu muñeca derecha siguen hasta el día de hoy. Gritaste adolorido y arrojaste el cuchillo al suelo. Luego, con todas tus fuerzas comenzaste a correr mientras que de fondo los alaridos de auxilio de la mujer aún se escuchaban. Corriste sin parar durante varios minutos tantos que hasta perdiste la noción del tiempo. Finalmente te cansaste y poco a poco fuiste disminuyendo tu loca carrera hasta que te detuviste en un solitario lugar rodeado de árboles. Te quedaste allí por un buen rato hasta que las fuerzas y la confianza volvieron. Después de un rato te encontrabas caminando adolorido y con hambre. Nadie te quería en ningún lado. No te daban trabajo y no tenías dónde dormir. Pensaste en ir dónde tu prima y robarle algunas cosas, pero justo cuando estabas reflexionando sobre aquella posibilidad, la voz de un hombre llegó a tus oídos. Te escondiste tras unos arbustos y pudiste ver a unos cuantos metros más adelante una vivienda que se cruzaba en tu camino. Junto a ella, un furgón blanco se encontraba estacionado. La voz que escuchaste provenía de un hombre de alrededor de 50 años, de contextura maciza que traía un rifle colgado del hombro. Se veía como la clase de sujeto con quien no querías entrometerte en ese momento. El hombre estaba llamando a su perro, a los pocos minutos un feroz rottweiler llegó corriendo a su encuentro. El sujeto acarició al animal y juntos avanzaron por la elevación de terreno, era cosa de tiempo para que se perdieran de vista, pero el rottweiler se detuvo y comenzó a ladrar en tu dirección.

—¡Vamos, Pocho! No pierdas el tiempo con estos arbustos. — Le dijo el hombre. — Si nos va bien en la cacería... ya no tendrás que perseguir insectos.

Tú apenas y respirabas ahí escondido tras los arbustos. Un movimiento bastaba para delatarte, pero la providencia te ubicó en el ángulo preciso para no ser detectado. Los segundos parecían minutos y la espera se hizo insoportable hasta que por fin el perro se alejó en dirección a su amo. Luego ambos se marcharon terreno arriba. Solo en aquel entonces exhalaste aliviado y te recostaste tranquilamente sobre la hierba, tu mirada se quedó clavada en el furgón blanco.

Ahora, años después, te encuentras en el lugar del accidente. Aquella misteriosa curva que el destino puso en tu camino ¿o tú lo hiciste? No has dejado de hacerte esa pregunta en los últimos 30 años. Luego de la valiosa información que recibiste en el café sobre Berta has decidido ir a la escuela, pero no sin antes visitar la maldita (o bendita, depende de como quieras verlo) curva en la carretera. Te

encuentras ahí de pie en la orilla del camino observando un acantilado de considerables proporciones. La barrera de seguridad ya fue restaurada y luce nueva tal como antes del accidente en el furgón blanco. Echas un vistazo hacia abajo con miedo... con temor de recordar.
Con temor de recordar aquel día...

Nicolás se encontraba junto a su grupo de amigos esa tarde. Uno a uno se despidieron hasta que él y Berta fueron los últimos en quedar bajo el enorme árbol. La niña dibujaba.

–¿A quién dibujas, Berta? – Le preguntó de reojo Nicolás mientras arrojaba piedras al río.

–Estoy dibujando a la princesa Aira. – Contestó ella recostada en el pasto mientras dibujaba en su cuaderno. – Sabe volar, va a todos lados siempre volando por las nubes.

–¿Le faltan alas no?

Berta se le quedó mirando sorprendida a través de sus anteojos, la idea le hacía sentido, pero olvidó dibujarlas.

–Bueno, Berta. Te acompaño a casa. Los chicos se fueron y se hace tarde ya.

Los dos niños regresaban por el mismo sendero de siempre. De pronto la madre de Nicolás apareció.

–¿Dónde te habías metido? – Le preguntó preocupada.

–Estaba con mis amigos... ¿qué pasó?

–Es por tu “tío” – Contestó ella. – He escuchado rumores y estaba preocupada por ti. Sé que no anda en buenos pasos. Si vuelve a casa llamaremos a la policía ¿bien?

–Bien... – Asintió Nicolás con la cabeza.

Madre e hijo tomados de la mano avanzaron unos cuantos pasos, sin embargo, Berta ni se movió solo se quedó parada un poco más atrás sonriendo.

–Oh, Berta... ve a casa. Nicolás ya no puede jugar por hoy.

–Mamá, casi siempre la acompaño hasta su casa. – Protestó el muchacho.

–Nos queda muy a trasmano, hijo. – Le dijo su madre. Luego, se dirigió a la niña. – Berta, ve derecho a tu casa. Mañana se ven con Nicolás y juegan de nuevo. Apresúrate para que llegues temprano.

La chica obedeció con una inocente sonrisa y se alejó corriendo. Nicolás y su madre emprendieron el rumbo en sentido opuesto.

¿Habrá sido el destino? Una y otra vez intentas convencerte con esa idea. Desde ese momento, desde ese instante en que robaste el furgón blanco de aquel cazador y su perro, y te dirigías a toda velocidad por la carretera para escapar, escapar de todo. El hambre, la miseria y la mala suerte, todas cosas que según tú te acorralaron y no te dejaron otra alternativa. El odio te consumía, odiabas aquel pueblo. Avanzaste por la carretera durante varios minutos hasta que en el horizonte viste una figura que llamó tu atención a un costado del camino. Una niña con una mochila de Mario Bros colgada a sus espaldas caminaba de forma graciosa. Bajaste la velocidad hasta quedar junto a ella, era Berta, la niña gordita amiga de Nicolás.

–Hola, amigo. – Te saludó ella sonriendo. – Estoy caminando así para poder llegar más rápido a mi casa.

–¿Ah sí? – Respondiste a través de la ventanilla. –... ¿y tus padres dónde están ahora?

–Ella está en casa y vamos a almorzar juntas.

–Ah. Bueno, sube... yo te llevo para que llegues más rápido. – Le dijiste inclinándote con prisa para abrir la puerta del lado del copiloto.

La puerta se abrió y la cándida niña se subió feliz al furgón para sentarse a tu lado. Arrancaste y condujiste por un buen tramo hasta que tomaste un sendero solitario que se adentraba en el bosque. Los árboles pasaban junto a ustedes y Berta, maravillada, los veía pasar y a algunos los saludaba con sus manos.

—¿Te gusta la magia? — Le preguntaste de pronto.

–¿La magia? – Preguntó ella abriendo sus ojos con emoción tras los anteojos. – Síiii, me gusta.

–Bueno. Te enseñaré una magia. – Le dijiste mirando por los alrededores para así comprobar que no hubiera nadie a la vista.

Detuviste el furgón en un lugar bastante solitario dentro de aquel bosque y le pediste a Berta que bajara del vehículo, luego la llevaste tomada de la mano a la parte de atrás y abriste las puertas traseras. Luego, tomaste una cuerda y le dijiste que la magia consistía en amarrarle ambas manos a sus espaldas. Al terminar de hacer el nudo la subiste a la parte posterior del furgón, ella te contaba sobre los personajes que había inventado y que le gustaba dibujar en su cuaderno mientras tú ibas asintiendo sin prestarle la menor atención a lo que te decía, la diste vuelta

en el piso del vehículo y la recostaste boca abajo. Lentamente bajaste sus pantalones.

Las aves cantaban y los rayos del sol caían suaves y tibios, iluminando el paisaje a través de la frondosidad de las ramas que se erguían sobre ustedes. Después de unos treinta minutos volviste cansado al asiento del conductor y encendiste el motor. Berta permanecía recostada atrás en el piso del furgón con sus manos amarradas sin entender mucho que había pasado. Mientras volvías a la carretera tu cabeza trabajaba a mil por hora sobre la decisión final que tenías que tomar: ¿La niña debía vivir o morir? Sí o sí decidiste irte de Piedad ¿qué tan peligroso para tus planes sería el dejar viva a Berta? Conociendo sus discapacidades ¿podría reconocerte después? Miraste por el espejo retrovisor y la niña estaba ahí tumbada intentando sentarse con dificultad por el vaivén del vehículo en marcha.

–Amigo... ¿Cuándo termina la magia? – Te preguntó de pronto.

Aceleraste. Súbitamente te volvió el odio. Podía hablarle a Nicolás sobre ti y listo. Desde tu perspectiva no quedaba otra salida más que matarla así que decidiste que saldrías nuevamente de la carretera para adentrarte en un sitio aún más solitario y cometer el crimen. El tiempo no se detenía y las posibilidades de que alguien comenzara a extrañar a Berta iban en aumento. Volviste a acelerar, pero una mala maniobra en aquella curva, aquella mentada curva te sacó del camino atravesando la barrera de contención. Gritaste horrorizado. El furgón dio varias vueltas mientras caía por el barranco hasta estrellarse en el fondo. El vehículo quedó volcado con sus ruedas hacia arriba.

No podías moverte. Llorabas adolorido. Te encontrabas boca abajo sintiendo el sabor de la sangre tibia que inundaba tu boca de tanto en tanto. Miraste tu estómago y viste como la sangre brotaba también a través de un corte hecho por la caída. Tus piernas quedaron atrapadas y lo único que tenías libre y que podías mover aun a pesar del dolor era tu mano izquierda. Comenzaste a escupir sangre ¿Este era el fin? Aquel tétrico silencio tras el estrépito de la caída te lo hacía suponer. El silencio que antecede al fin. Te aterraba la idea de cerrar los ojos y de no volver a despertar más. No querías dormir ni quedarte inconsciente.

–Amigo, ¿estás bien?... – Escuchaste de pronto la voz quejumbrosa de Berta quien intentaba salir del furgón.

Querías hablar, pero no podías. A tus oídos luego llegaba el sonido tras de ti de unos pasos que se arrastraban hasta que salieron del vehículo maltrecho. Estos pasos rodearon un costado del furgón y luego se acercaron a tu posición. El rostro de Berta se asomó por una pequeña brecha entre el parabrisas y el capó aplastado.

–Amigo, sal de ahí. – Te dijo.

–A...yuda... – Replicaste apenas con un hilo tembloroso de voz. Querías levantar un poco tu cabeza y mirarla, pero no podías atrapado desde tu posición.

Desesperado tomaste un poco de aire y elevaste la voz para que te escuchara. –
...ayuda... ve por ayuda.

Berta era tu única chance. Después de todo, aun querías vivir y salirte con la tuya. Te aferrabas a la esperanza que te daba la niña. A medida que pasaba el tiempo comenzaste a considerar una a una tus opciones. Tal vez la ayuda no iba a venir tan pronto, tal vez la niña no iba a conseguir ayuda tan fácil o tal vez la discapacidad de Berta iba a dificultar el doble las posibilidades de que te encontraran ¿justicia poética no es así? La niña iba a vivir y tú ibas a morir. Entre tus constantes pérdidas de consciencia las cuales iban y venían comenzaste a resignarte y a aceptar la muerte. Cerraste los ojos y para cuando los abriste de nuevo estabas ya en la camilla de un hospital.

Berta finalmente sí encontró ayuda y contó cómo el vehículo en el cual tu la llevabas a casa se salió de la carretera y cayó por el acantilado. Su inocencia, para tu suerte, omitió todos los otros detalles... vaya que si eres afortunado, ¿no es así? Corroboraste la misma historia ante las autoridades, dejando bien establecido que conocías a Berta como la amiga de Nicolás, el hijo de tu prima, y que al verla caminando sola por ese camino solitario le diste un aventón para llevarla a casa. Hasta ahí digamos que iba todo bien, pero el dueño del furgón ya había hecho la denuncia por el robo de su vehículo y la policía fue a darte la noticia a tu propia habitación en el hospital.

Cuando lograste ponerte de pie y comenzaste a andar con bastón, te dieron el alta médica y te pasaron a la justicia por el robo del vehículo. Tu prima no te visitó en los días que estuviste en el hospital y tampoco fue al tribunal cuando eras juzgado, probablemente sospechaba que había algo raro en que Berta estuviera contigo en el accidente de carretera. La relación entre ustedes sencillamente se acabó. Finalmente, cuando estuviste de pie frente al juez, le tomaste el peso a toda tu situación, te sentiste realmente miserable y solo, indeseado, nadie te quería a su alrededor y por primera vez sentiste que merecías todo ese escarnio. Arrepentido por lo que le hiciste a la niña y por como condujiste tu vida hasta ese punto, no aguantaste más y te quebraste. Lloraste mientras te sentenciaban a seis años de cárcel, los cuales después fácilmente podrían quedar en tres. Todos en el tribunal creían que llorabas por la sentencia, pero nada de eso, llorabas por ti. Te hiciste un juramento en aquel instante, aquel iba a ser el primer día de una nueva vida que te estaban regalando.

Tu paso por la cárcel lo sentiste como una suerte de quimioterapia, la pasaste mal, pero era necesario. Eso te hizo aprender y saber qué querías hacer realmente con tu vida. Entraste a un programa de rehabilitación y estableciste una buena relación con el asistente social del cual te hiciste amigo. Para cuando cumpliste el segundo año de encierro obtuviste el beneficio de salida dominical y ahí aprovechabas para ir a trabajar a un negocio de armado de muebles en el cual fuiste recomendado por él. De a poco comenzaste a juntar dinero a la vez que cada vez desarrollabas más y más tu habilidad para comprar cosas baratas y venderlas luego más caras. Te iba bien en eso. Al terminar ya tu condena lograste hacerte de un socio y

montaste un pequeño negocio de compra y venta de muebles. Todo empezaba a salir bien. Te diste cuenta de eso cuando hiciste buena amistad con una de tus clientes y salieron a cenar juntos. Ella te recomendó con sus amistades y el negocio empezó a crecer. No te alcanzaste a dar cuenta cuando ya habías abierto una franquicia de cuatro tiendas. Tu éxito fue creciendo con el paso de los años y con ello también tus pensamientos sobre el pueblo de Piedad, y en particular, sobre Berta. La niña que te salvó la vida.

Te casaste y la familia de tu esposa se interesó en tu negocio, hicieron una gran inversión y en muy poco tiempo recuperaron lo invertido. El éxito fue tal que formaste una compañía inmobiliaria de la cual te convertiste en director principal. Tuviste también una hija. Alcanzaste el éxito económico y personal de forma tan espectacular que hasta te asustaba un poco cuando pensabas en ello. De vez en cuando te invadía la curiosidad y quisiste averiguar cómo andaban las cosas en Piedad y cuál había sido la suerte de Berta con el pasar de los años. El sentimiento se hizo enorme y el impulso por querer viajar a Piedad después de tantos años era ya INELUDIBLE. Pospusiste grandes negocios por ir a ese pueblo una vez más. Como sabemos, la fecha llegó y finalmente realizaste ese viaje. Ahora te encuentras ahí, parado junto a esa peligrosa curva de la carretera. Recordando con arrepentimiento cuando la violaste en el interior del furgón y luego esa terrible decisión que tomaste de matarla, pero la providencia la salvó a ella y definitivamente también a ti, los salvó a ambos. Tan solo mírate, un hombre millonario con abrigo caro que se encuentra de pie observando por un acantilado bajo la suave lluvia de un cielo gris. Abres tu paraguas y sin perder más tiempo te diriges con prisa hacia la escuela.

Las nubes negras cubren Piedad casi en su totalidad, la lluvia se ha vuelto más copiosa en este rato. Llegas a la escuela rural y te quedas parado tras un árbol que hay en la calle al otro lado de la acera. Desde allí, desde esa distancia puedes ver una mujer gorda con anteojos, mal vestida y de cabellos grises sentada bajo el alero de una parada de autobuses protegiéndose de la lluvia. Es Berta, sus facciones no han cambiado casi nada. Es una versión envejecida de la niña que conociste décadas atrás y el asombro te estremece. Se encuentra mirando casi con pena la lluvia caer en una poza de agua que hay frente a ella. ¿Qué esperas? Es el momento... puedes acercarte y hablarle, decirle algo. Miras a ambos lados de la calle y ésta se encuentra totalmente vacía. Quieres acercarte, pero no sabes cómo ni qué decirle siquiera. De pronto una niña de anteojos sale de la escuela y se acerca corriendo hacia la parada de buses donde está Berta, va a su encuentro. Ambas, madre e hija se abrazan. No es difícil que te des cuenta que es su hija, mírala bien, es igual a Berta solo que un poco más pequeña de cómo la conociste tú.

—Te estaba esperando, hija. ¿Cómo te fue hoy? — Le preguntó Berta a la niña.

—Bien, mamá. Aprendí muchas cosas.

–Qué bueno, yo compré la tela que me faltaba para los trajes. Coseré toda la tarde.

–Yo te ayudo, mami. – Le dijo la niña apoyando la cabeza en su hombro.

De pronto un autobús aparece desde un extremo de la calle, es el que Berta está esperando. Ambas se ponen de pie y lo esperan con la intención de abordarlo, pero insólitamente el conductor no se detiene y el autobús sigue de largo. Ambas, madre e hija se miran y luego reaccionan riéndose sin entender qué ha pasado ni porqué el bus no se detuvo. Desde la distancia ves que Berta se agacha y la niña se sube a sus espaldas. La pequeña ubica su mochila sobre su cabeza para protegerse de la lluvia. Finalmente, Berta comienza a correr bajo la lluvia con su hija a sus espaldas y en sus brazos carga las bolsas con las telas que compró para los trajes de su obra de teatro. Sales de tu escondite tras el árbol y las ves alejarse por el camino enlodado por la lluvia. Te quedas de pie bajo la lluvia olvidándote por completo de tu paraguas. Dejas que el diluvio caiga sobre ti mientras reflexionas sobre Berta y su hija.

Decides que la vas a seguir por los siguientes días. Así es como poco a poco descubres quién es y qué hace. Lleva mucho tiempo intentando llevar a cabo una obra de teatro en el pueblo para los niños con discapacidad y ahora por fin parece estar saliendo todo bien para ella. Al menos la escenografía ya está casi lista, puedes ver que una de sus amigas la recibe alegremente en una casa donde se encontraban pintando en el patio delantero parte de lo que será el fondo de la obra.

–¡Hola, Berta! – Exclama una joven mujer sonriendo al ver que llegaba.

–Hola, Paulina. Traje las flores. – Contesta Berta.

Desde la acera de enfrente observas todo con atención. La mujer recibe las flores que serán parte del decorado del escenario y las deja con cuidado a un costado en el suelo. Luego levanta parte del cartón que se encuentra pintado de color amarillo y se lo enseña a Berta, ésta última no cabe en su alegría.

–¡Paulina, está precioso! – Dijo maravillada observando a través de sus anteojos.

–¿Te gusta? Qué bueno, Berta. Tu obra de teatro va a salir muy bien.

Los árboles se mecen con suavidad. Qué hermosa puede ser la vida con tan poco, piensas mientras empiezas a encontrar la paz que durante tanto tiempo buscaste. Te das cuenta que la felicidad de Berta es tu paz.

En el pueblo el único lugar para montar una obra por tradición es en la plaza pública, la cual ya había sido reservada para ello por la asistente municipal con quién Berta había hablado, pero llegó una nueva administración este mes y con ello varios permisos fueron revisados nuevamente y muchos de ellos: revocados,

entre ellos el de la obra de teatro. Berta recibió una correspondencia esta mañana donde decía que debía acercarse a las oficinas del municipio.

–Pero ya había pedido el permiso... – Balbucea Berta sin entender.

–Lo lamento mucho, señora. – Responde el burócrata de bigotes que se encuentra sentado tras el otro lado del escritorio. – Pero todas las fechas tienen que ser re-agendadas y la nueva cláusula exige una cuota de pago por mantención. Por caso de alteraciones o destrozos, etc.

Berta, con tristeza y dificultad para entender intenta buscar las palabras. Acaricia con ansiedad el papel de la carta que había recibido por la mañana.

–Nosotros no haremos nada malo... dejaremos todo limpio... – Responde finalmente cabizbaja.

–Lo sé. Créame que estoy seguro de ello. Pero no se haga problemas, es una cuota muy baja. Mucho menos de la mitad del dinero que recaudaría usted por las entradas.

–Es que es gratis... – Repuso Berta.

–¿Cómo dice?

–Es para los niños del hospital. No cobraremos dinero.

El hombre de bigotes desvía la mirada hacia otro lado. Es tan solo un simple empleado municipal al cual la situación le complica, pero no hay nada que pueda hacer.

–Lo lamento mucho, señora. – Dice finalmente con una leve carraspera mientras abre un libro de contabilidad para ocuparse de otros asuntos.

Berta sale de la oficina cerrando la puerta tras de sí. Tú has oído todo desde afuera sentado en una de las sillas de espera en el pasillo. Ves que camina cabizbaja hacia la puerta de salida hasta que sale finalmente del edificio. Te pones de pie y entras en la oficina sin siquiera golpear la puerta. El burócrata te observa sorprendido.

–¿Sí? Dígame. ¿En qué le puedo ayudar?

Coges una silla y la arrastras hacia ti con toda confianza y tranquilidad. Te sientas en ella para hablar con aquel hombre.

Finalmente está atardeciendo. Berta se encuentra en la modesta casa de su madre, la misma en la que vivía cuando era niña. Está junto a su hija en la sala cosiendo los trajes que iban a ocupar para la obra de teatro. Con mirada triste va pasando la aguja e hilo por entre el tejido mientras que tú, afuera, te detienes a

unos 50 metros del frontis de la casa. Puedes ver a través de la ventana a ambas cosiendo los trajes sentadas en la sala. Tan iguales, piensas. Finalmente te acercas a la puerta y sacando el valor suficiente te animas y tocas el timbre. Pasan unos segundos hasta que la puerta se abre, es la hija de Berta quien te recibe. Te mira con una sonrisa.

–Hola. –Saludas asustado. – ¿Está tu mamá?

–Sí, sí está. Pase. –Dice la niña invitándote a entrar con la misma candidez e ingenuidad que conociste de su madre. El recuerdo te es doloroso en este momento.

Le agradeces y entras a la casa cerrando la puerta a tus espaldas. Berta se levanta de su asiento y te saluda sonriendo.

–Hola, señor ¿qué puedo hacer por usted? – Te pregunta muy educadamente.

–Hola, Berta. – Le contestas intentando mostrarte lo más amigable posible. – Quizás no me recuerdes, pero fuimos amigos muchos años atrás.

–Oh... ¿amigos de la escuela?

–Sí. De la escuela, pero me tuve que marchar antes de este pueblo. –Le dices. – Yo me junté un par de veces con ustedes... ¿recuerdas a Nicolás?

–Síiii. Es uno de mis mejores amigos. – Exclamó inocentemente.

–Sí. Él siempre fue un buen chico, ¿no sabes qué es de él? ¿Aún vive en la misma casa?

–No. Él se marchó del pueblo. Antes me escribía, pero luego ya no. Creo que tengo algunas cartas guardadas...

Berta se dirige hacia un mueble con cajones con la intención de buscar dichas cartas, pero la interrumpes.

–No, no te molestes. –Le dices. – No importa. Vine a hablar contigo, Berta. Supe que vas a realizar una obra de teatro.

–Sí, así es. Van a actuar varias de mis amigas y se la vamos a enseñar a los niños del hospital. – Te responde orgullosa.

–¡Qué bien! Eso es algo genial, Berta. ¿Y para cuando es el estreno?

La pregunta pone triste a la mujer. Baja la mirada y tarda algunos segundos en contestar.

–No lo sé. Tengo que ir a preguntar de nuevo. –Responde. – Algo pasó y no la podremos estrenar la otra semana.

–¿De veras? Pues bueno, yo creo que sí vas a poder estrenarla la próxima semana. Mira... – Acto seguido sacas del bolsillo de tu abrigo el permiso municipal que pagaste para poder ocupar el espacio de la plaza y se lo ofreces a Berta. Ella lo coge y comienza a leer sin comprender muy bien lo que está ahí escrito. – Ahí dice que vas a poder estrenar la obra de teatro la otra semana sin problemas. Lo que te dijo el señor de bigotes hoy en la oficina fue un error... ¡alégrate!

–¡Mira hija! ¡Si vamos a poder estrenar la obra la otra semana! – Exclama Berta feliz.

Ambas comienzan a saltar de alegría en la sala. La escena te conmueve y te arranca una sonrisa, quieres unirme a la celebración, pero te limitas a observar con inmensa alegría en tu interior. La vida vuelve a ser dulce. La paz te ha encontrado y de alguna forma sientes que has hecho las paces contigo mismo. Después de todos estos años el pueblo de Piedad te ha sanado y los árboles afuera se mecen suavemente con la brisa de la tarde al ritmo de la magia.

Por las tardes vas a la casa de Berta a compartir el té, a veces llevas pasteles o dulces que tanto le gustan a su hija. Te llevas muy bien con la pequeña y en ocasiones los tres se quedan hasta tarde mirando las estrellas y hablando de la vida. Has decidido quedarte hasta el día de la obra de teatro

Es noche de viernes y la plaza del pueblo se encuentra repleta de gente. Los niños del hospital se encuentran en un lugar privilegiado en primera fila. La obra de teatro es un éxito. Consigue arrancar aplausos y carcajadas. El público reacciona con cada acontecimiento sobre el escenario. Berta hizo su aparición con un lindo traje de hada confeccionado por ella misma, era su personaje, su princesa Aira. El público aplaudió de inmediato su aparición en el escenario, todo el pueblo conoce a Berta y la estiman mucho. Te unes a los aplausos con una particular emoción en los ojos. Al final, la obra cierra con ellos corriendo sobre el escenario tomados de la mano. La escena se ve graciosa y el público vuelve a aplaudir y a reír. Haces lo mismo, pero esta vez no te contienes y una lágrima cae de tus ojos ante la emoción de ver que Berta es felizmente una mujer realizada.

Finalmente, llega el día en el que tienes que volver a casa con tu familia. Lo has hecho bien y te sientes orgulloso de ello. No te despediste de Berta ni de su hija ya que no sabías muy bien cómo hacerlo, pero procuraste dejarle un sobre y en su interior una carta junto con dinero bajo la puerta de su casa. Caminas por la carretera preguntándote si es que alguna vez volverás a Piedad. Sobre ti se cierne el atardecer y sus nubes anaranjadas se despiden de ti. Poco a poco van quedando atrás, y de eso se trata la vida ¿no? De ir dejando cosas atrás, en el camino.

De pronto, el sonido de un motor llega a tus oídos, tal parece que un vehículo viene a tu encuentro por la carretera en sentido contrario. Te apartas a la orilla y ves que un furgón de color blanco aparece sobre el asfalto. Viene a toda velocidad y el accidente se produce demasiado rápido. El conductor pierde el control y atraviesa la barrera de contención cayendo por el acantilado. Te acercas corriendo hacia aquel punto y te asomas para poder ver. En ese momento la sensación de ver aquel furgón blanco no te gusta para nada. Se parece demasiado al de tu accidente décadas atrás... ¡Espera! ¿Es acaso el mismo? Sientes una sustancia tibia en tu pecho y estómago, te miras y con horror compruebas que estás bañado en sangre. Comienzas a sentirte mal. Tu muñeca está rota y duele de forma insoportable. Tus rodillas se doblan y vuelve todo el dolor, toda la agonía. Vuelves una vez más de tu inconsciencia, quizás esta sea la última.

No soportas el olor de la sangre. Te encuentras dentro de la cabina aplastada, estás boca abajo atrapado en el asiento con tus brazos y piernas fracturadas. No puedes moverte. Con el rabillo del ojo miras al retrovisor y ves que ahí atrás del furgón está Berta tendida en el suelo con el cuello roto y sus manos atadas a la espalda. Ella murió en el accidente, Cristóbal. Nadie te puede ya salvar. Quedaste inconsciente un buen rato y te viste a ti mismo y a ella siguiendo con sus vidas... tomando las decisiones que hubieras querido tomar. Demasiado hermoso para ser verdad ¿no? Nunca fuiste exitoso ni tuviste familia. Solo fue una fantasía, un ideal de qué hubiera pasado de haber sido todo diferente, tan solo un pensamiento.

Arriba en la carretera la proyección que tenías de ti también se da cuenta de eso y horrorizado se desvanece sabiendo que no podrá nunca bajar por el acantilado ni ayudarte para que alcances esa segunda oportunidad, al final tan solo desaparece... y tú sigues desangrándote en el interior del vehículo. Tu consciencia nuevamente comienza a irse a negro, esta vez es para siempre.

Finalmente, mueres junto al cadáver de Berta

FIN.